FERNANDO ORTIZ

Profesor de Etnografía Cubana en el
Instituto Universitario de Investigaciones Científicas
de la Habana

EL HURACAN

SU MITOLOGIA Y SUS SIMBOLOS

OFICINA DEL HISTORIADOR
GABINETE DE ARQUEOLOGIA
000409
BIBLIOTECA
CIUDAD HABANA

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

México - Buenos Aires

CAPITULO I

EL ENIGMA DE UNAS FIGURAS INDOCUBANAS

Sumario: Una "figura de posición rara".—Figura "la más típica de Cuba".—Descripción de siete ejemplares de esas enigmáticas figuras.—Otras figuras aproximadas.—Los elementos significativos de tales figuras.—Una cabeza humana.—Dos brazos.—Sendas manos.—Brazos alabeados.—Brazos sigmoideos.—Rotación levógira.—Estrías transversas en los brazos.—Estría longitudinal en cada brazo.—Orla tetralobular en la cabeza.—Carencia de tronco y de piernas.—Carencia de connotaciones sexuales.—Posición icónica subordinada.—Situación cavernícola.—Situación geográfica.—Simbolismo.—Antropomorfismo.—Mitomorfismo.—Interpretaciones propuestas.—Signo búdico.—Signo de baile.—Signo de fecundidad.—Signo de natación.—Signo de *Mabuya*.—Interpretación meteorológica.—Caracteres del huracán.—El complejo del huracán.

Desde hace años viene interesando a los estudiosos de la arqueología de Cuba una figura singular que aparece en sendos objetos hallados en cuevas, yacimientos y residuarios de los indocubanos. Harrington la señaló por primera vez, en dos ejemplares.[1] Lo insólito de su estructura morfológica impresiona inmediatamente y hace pensar en la seguridad de un simbolismo importante, aun cuando éste sea hoy día ignorado y no haya llegado hasta nosotros. El mismo Harrington expresó que se trataba de "una figura de posición rara"; así al pie del espécimen del grabado nº 30, como también al referirse al del grabado nº 31, que es otro tipo, variante del mismo tema emblemático. Al comentar la obra de Harrington, dijimos de dicha figura que era "la más típica de Cuba",[2] por no haberse hallado hasta entonces una tal representación en otra zona de las culturas antillanas. Tiempo después han tratado de esta

1 *Cuba Before Columbus*. figs. 30 y 31.

2 Al pie de la fig. 30 de nuestra traducción, hecha con Adrián del Valle. *Cuba antes de Colón*. Habana, 1936, t. I.

enigmática figurilla y de sus interpretaciones los doctores Carlos de la Torre, Eugenio Sánchez de Fuentes, Fernando Royo, René Herrera Fritot y otros, como ya veremos.

¿Cómo describir dicha figura? Reducida a sus elementos esenciales, tal figura está compuesta por la representación lineal de una cabeza con dos brazos curvados y combinados en forma sigmoidea; o sea en sentido contrario uno de otro, el uno hacia arriba y el otro hacia abajo, asemejando una ese en su conjunto. Dicha figura ofrece, en los diversos especímenes hallados, algunas variantes secundarias y ciertos elementos complementarios; todos los cuales hay que tener en cuenta para lograr una aceptable interpretación.

Debemos decir desde ahora que la consabida figurilla no es en manera alguna una carátula con "dos brazos en aspa, en una postura que represente el signo que el dios Buda tenía grabado en el corazón", según escribió Eugenio Sánchez de Fuentes.[3] Para que los brazos fueren en aspa tendrían que ser en cruz, y en la sigma no hay cruzamiento.

Antes de pasar adelante, analicemos los ejemplares homomorfos hallados en Cuba de la figura ideográfica en cuestión. Son ellos siete; amén de otros que acaso pueden ser variantes, pero cuya identificación no es segura.

Ejemplar I (fig. 1). La figurilla en cuestión está esculpida con relieve en la región pecto-ventral de una imagen petrea de mayor tamaño. Esta figura icónica mayor está tallada en un bloque de piedra de forma alargada y cilíndrica. Se compone sólo del tronco, el cuello y la cabeza. En el tronco no hay otro detalle que el consabido grabado sigmoideo. La cabeza es de factura muy simple y rústica. Los dos ojos son dos cuencas profundas de abertura irregularmente circular y cavidades conoideas. La nariz es un mero y leve relieve vertical entre los ojos, y la boca está abierta y rodeada de un reborde que parece imitar los labios. El cráneo tiene algunos abultamientos parietales y frontal sin significado aparente.

Toda la importancia representativa de esta figura parece derivarse de la otra que lleva esculpida en su parte delantera, ocu-

3 *Cuba Monumental, Escultural y Epigráfica*. Habana, vol. I, pp. 21 y 15.

pando el pecho y el vientre. La cabecita de ésta es de relieve, piriforme invertida, apropiada para representar una cabeza humana. Las cavidades oculares, como de una calavera, son muy prolongadas, lo cual las dota de gran expresión; la nariz es una simple oquedad y la boca está incisa en forma horizontal y bastante ancha, como abierta, y no tiene los rebordes labiales de la figura principal.

Del mentón de esta cabeza, sin cuello, arrancan dos brazos, también en relieve, de grosor bien proporcionado al tamaño de la cabeza. El brazo derecho se eleva en forma curva hasta terminar sobre la cabeza, con una mano de cuatro dedos o quizás de cinco, pues uno de éstos parece haber sido roto. El brazo izquierdo se extiende hacia abajo, también en forma curva, más cerrada que la del brazo diestro, y termina asimismo en una mano, con dedos algo informes, situada en el centro del pecho, debajo de la cabeza. Así en el brazo derecho como en el izquierdo, aunque más marca-

Fig. 1

FIG. 2

das en éste. hay dos ranuras en sentido transversal situadas en las muñecas.

Este ejemplar tiene una dimensión longitudinal de poco más de un metro. Fué hallado en Playa Larga, Berraco, Oriente, según datos del Museo Bacardí, donde hoy se encuentra.

Ejemplar II (figs. 2 y 3). Esta imagen es semejante a la anterior. También está esculpida en un bloque de piedra que representa una entidad antropomorfa, con cabeza, cuello y tronco, sin brazos ni piernas, ni otro detalle; aun cuando con unas curvas entrantes laterales que marcan un tanto el torso y las caderas. La cabeza está tallada con la misma técnica del Ejemplar I. Pero las cuencas de sus ojos son menos profundas, la nariz es algo mayor y más prominente y la boca, aunque tan grande, abierta y abultada, no tiene los bordes de los labios.

La figurilla misteriosa está esculpida en relieve en la parte correspondien-

te al vientre de la imagen sostén; pudiera decirse que en la región umbilical. No alcanza, pues, al pecho, como la del Ejemplar I. La cabecita es también como la antecedente; de la misma forma de pera, con los ojos menos marcados, la nariz con más relieve y la boca más pequeña. Los dos brazos, que en este ejemplar no se unen al mentón, se desarrollan como en aquél. El derecho hacia lo alto, en curva abierta que concluye sobre el cráneo paralela al perfil de la cara; y el izquierdo hacia abajo, en curva más plegada. Las manos aquí son informes, apenas hay unas pocas ranuras que pueden indicar los dedos. La mano izquierda no avanza hacia el mentón al cerrarse el brazo, como en el Ejemplar I, sino que su curva termina como en el sobaco. En esta figurilla los brazos, aunque igualmente curvos y bien trazados en toda su extensión, son de hechura más imperfecta que en el Ejemplar I; pero, en cambio, éste ostenta más incisas dos ranuras transversales en cada brazo, una en la muñeca y otra en la mitad superior de éste, cerca del hombro.

FIG. 3

Este ejemplar es de altura aproximada a la del anterior. Se encontró asimismo en Playa Larga, Cuevas de Cazonal, Oriente, según informes del Museo Bacardí.

Ejemplar III (fig. 4). Es un trozo de piedra en forma irregular insignificativa. En ella aparece tallada la pequeña figura enigmática, con la misma técnica de los ejemplares anteriores. La misma

cabeza piriforme, los ojos hundidos en cono, la prominencia nasal, la boca grande y con rebordes labiales, como en la figura mayor del Ejemplar I.

Por debajo del mentón, separados de éste por la hendidura que bordea y marca el perfil de la cabeza, salen los dos brazos. El derecho flexionado en curva hacia lo alto, y el izquierdo hacia abajo. Este brazo izquierdo ofrece la singularidad, única en esta colección, de

FIG. 4

estar algo acodado, por tener una curvatura muy cerrada; pero ello se debe a exigencias de la escasez de espacio. Al final de ambos brazos están sus manos abiertas con sus dedos. Y en sus muñecas los brazos ostentan cada uno dos ranuras transversas.

Ejemplar IV (fig. 5). Es una piedra plana de contorno poligonal irregular. La figurilla problemática está hecha por líneas incisas que marcan todos sus perfiles y típicas características. Una cabeza antropomorfa, dos brazos, proporcionados en grosor y largueza, y con sus manos, una de 5 y otra de 4 dedos. El derecho se encurva hacia arriba y el izquierdo hacia abajo. Ambos tienen en las muñecas dos estrías transversas. Este arqueolito fué descubierto

en una cueva de Playa Larga, Berrasco, Oriente, y está en el Museo Bacardí. Sus dimensiones son aproximadamente de 10 a 12 centímetros de largo.

Ejemplar V (fig. 6). Esta pieza arqueológica es de diorita, descrita por Herrera Fritot como un "nódulo destraliforme". Es de color pardo rojizo, con algún pulimento. Aquí tenemos otro espécimen de la figurilla investigada, inserta en la porción abdominal de una efigie mayor. Es oblongo, de contorno ovalado, con un estrechamiento o cuello en su tercio superior, que delimita una cabeza aproximadamente esférica, quedando la porción inferior como cuerpo de la figura, pero sin representar en ella las extremidades u otros detalles correspondientes. En la cabeza se ha tallado en bajo relieve una cara de contorno bien definido, rebajando la piedra alrededor y por debajo de la nariz, que aparece como una prolongación de la frente y con igual relieve. La boca es sencilla y oval, con los labios de bordes algo prominentes, como en los Ejemplares I y III. Los ojos son formados por dos pequeñas concavidades, de tipo conoide. La parte inferior, por debajo del cuello, es voluminosa y de superficie uniformemente lisa. En su porción umbilical lleva grabada por entalle una figura, compuesta de una cara algo redondeada, de la cual salen dos brazos. En ningún ejemplar como en éste se dió al conjunto de los dos brazos una posición esquemática tan en forma de ese, si bien en este caso ésta resulta invertida con relación al tipo común.

FIG. 5

Este ejemplar parece único por su forma y por la singularidad de que sus dos brazos se extienden, ambos muy bien encurvados

FIG. 6

y en forma análoga a los demás ejemplares, pero en sentido contrario. El brazo derecho aquí es el que baja hasta situar la mano con sus cinco dedos bien separada de la cabecita; y el izquierdo es el que sube hasta colocar la mano algo por encima del cráneo. En una y otra muñeca están las típicas estrías transversales; dos en cada una.

Las dimensiones de este ejemplar son: 7½" (191.1 cm.) de longitud, 3 $^{5}/_{16}$" (8.5 cm.) de ancho máximo y 2 $^{3}/_{16}$" (5.6 cm.) en el cuello. Se nos dice, sin prueba fehaciente, que esta pieza fué encontrada en la región de Samá, Oriente (sin otra localización más precisa) y está en el Museo de Antropología de la Universidad de la Habana. Sin embargo, Eugenio Sánchez de Fuentes dice que esta figura procede de Camagüey. No sabemos en qué se funda. Esta procedencia insó-

lita sumaría un nuevo factor de excepcionalidad a esta pieza. Excepcionales son el objeto en que se halla (un nódulo de dorita), la forma de éste (destraliforme) y el esquema de la figura (con los brazos en giración dextrógira). ¿A éstos se añadiría su oriundez camagüeyana?

No tenemos datos ni estudios directos que nos permitan rechazar su autenticidad. Esto no obstante, sería de interés una investigación. Hace años que por Camagüey se dieron casos, alguno notable, de falsificación de objetos arqueológicos, hechos en la Habana y enterrados para ser "descubiertos" luego en suelo camagüeyano. En la misma obra de E. Sánchez de Fuentes es fácil "descubrir" tal falsificación. Y otras falsificaciones se han hecho luego en otras provincias de Cuba.

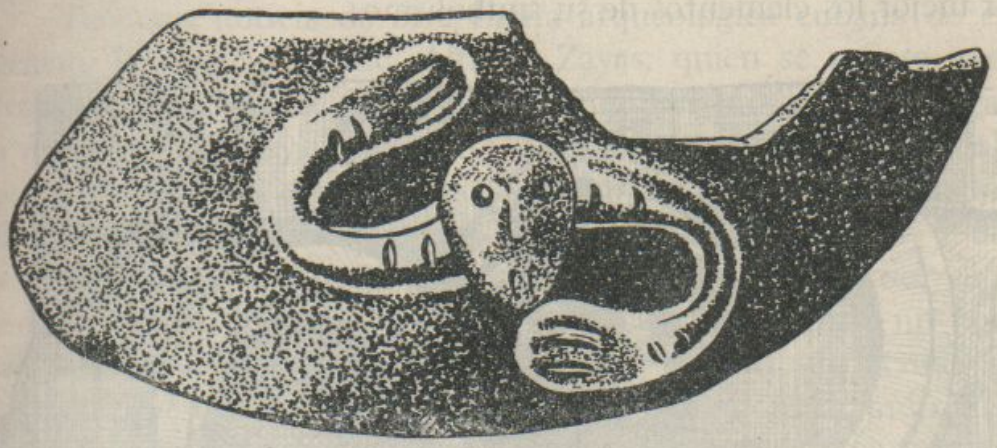


FIG. 7

Ejemplar VI (fig. 7). Este objeto es de barro, trozo de una de las típicas cazuelas de la cerámica indocubana. Tiene 10.5 pulgadas de largo. Se halla en el Museo Bacardí de Santiago de Cuba. Este ejemplar fué señalado por Harrington, que lo reprodujo en su obra *Cuba Before Columbus* (véase su fig. 30) diciendo que es un "casco de barro (taino) con una figura en posición rara". Harrington añadía en su texto: "un gran fragmento de vasija con la cabeza y brazos de una figura en vigorosa acción, haciendo un gesto que debía tener algún significado, pues otros ejemplares parecidos se han encontrado, incluyendo un fragmento que nuestra

partida desenterró en La Chivera, detrás de Imías, en el Distrito de Baracoa".

Aparece aquí la misma cabecita piriforme que en las piedras, con ojos, nariz y boca. De dicha cabeza salen a uno y otro lado, y no del mentón, dos brazos en bien definida posición de ese. Los dos en la forma que diremos ortodoxa, el derecho curvado hacia lo alto y el izquierdo hacia abajo. En ambos brazos, junto a cada uno de los hombros y en las dos muñecas, sendos signos de dos ranuras transversales, como en otros tipos ya indicados. Los detalles de este espécimen cerámico concuerdan enteramente con los pétreos.

Este es el ejemplar donde mejor se señala el esquema sigmoide, esencial en estas figuras. Aquí, por ser plasmado en arcilla, el artista tuvo más facilidades técnicas para su trabajo y pudo expresar mejor los elementos de su simbolismo.

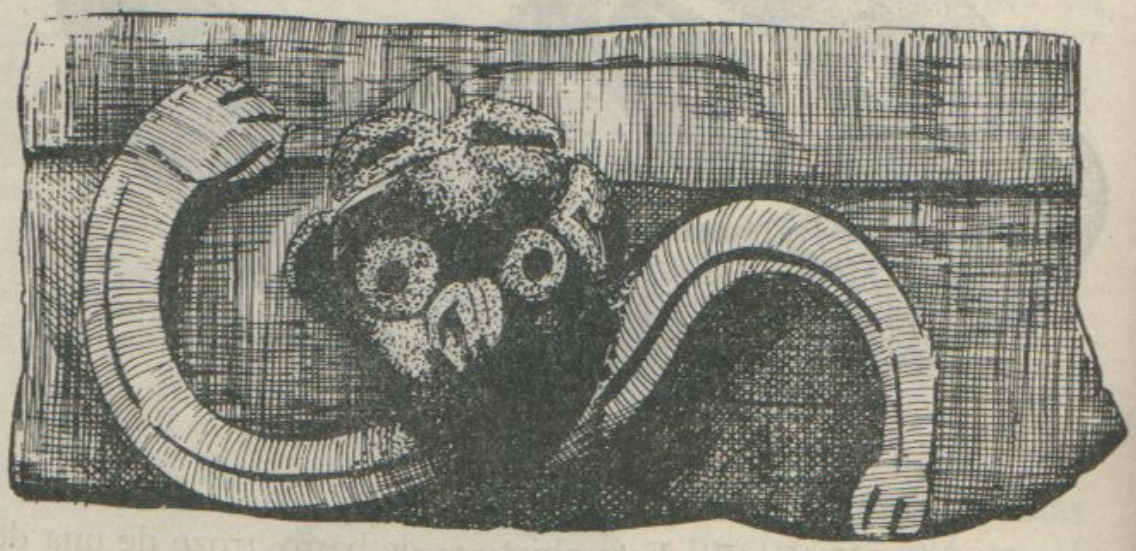


FIG. 8

Ejemplar VII (fig 8). Este espécimen, de 5.4 pulgadas de longitud, fué encontrado por Harrington (véase su fig. 31), quien le puso la misma nota que al anterior: "casco de barro (taino) procedente de Imías, con una figura en posición rara".

Esta representación plástica de los brazos es también del mismo tipo sigmoideo, aun cuando la cabeza aquí es casi tangencial. En el centro está la cara con ojos, redondos y de mucha expresión,

nariz y boca; y de uno y otro lado surgen los dos brazos con manos, desarrollados ortodoxamente. En este espécimen se ofrece una variante que no se halla en los anteriores. En él no se observan las típicas líneas transversales en los brazos, si bien en la muñeca derecha parece haber un rudimento de ranura, que acaso respondiera al mismo significado. Lo singularmente típico aquí está en una línea o ranura longitudinal que en cada brazo arranca del mismo nacimiento de este miembro y sigue en curva por el centro y a lo largo del mismo hasta terminar en la respectiva muñeca. Estas líneas, que no se dan en los otros tipos sigmoides, añaden un nuevo rasgo significativo al emblemismo de la representación que estudiamos. Además, la cabeza está adornada en su parte superior por un festón de cuatro lóbulos cuyo significado debe de ser complementario.

Tenemos noticia de otra figura arqueológica cubana de este género. Perteneció al Lic. Alfredo Zayas, quien se refiere a ella tratando de los escasos ídolos de los indios cubanos que han llegado a nuestros días. Zayas dice así: "Nosotros poseemos otro (ídolo) procedente de las cercanías de Guantánamo, de piedra arcillosa, de la llamada laja. Tiene unas doce pulgadas de altura y unas cuatro en la base o parte más ancha. La porción superior representa un rostro humano, de boca redonda y rodeada de un borde saliente; los ojos con cuencas profundas, y la frente ceñida por un cinto que de trecho en trecho presenta círculos en bajo relieve. En lo que correspondería al pecho de la estatua, se ve una cara más chica, y debajo dos brazos: el derecho apoya la mano abierta y toscamente tallada sobre la región pectoral, y el segundo sostiene una muy imperfecta mano sobre la cabeza." [4]

Los elementos integrantes de este ídolo de Zayas son los mismos de las otras típicas figuras. Una imagen en el tronco de cuyo cuerpo está insertada una cabeza o cara con dos brazos, el derecho doblado hacia abajo con la mano sobre el pecho y el izquierdo ("segundo" dice Zayas) con su mano sobre la cabeza, es decir, doblado hacia arriba. La posición de los brazos en este caso parece ser también heterodoxa, como la del Ejemplar V.

[4] Alfredo Zayas, *Lexicografía Antillana*. Habana, 1914, pp. 168-169.

Este ídolo vendría a ser el Ejemplar VIII; pero no lo hemos visto, ni siquiera su figura, ni hemos tenido la suerte de averiguar ni su autenticidad ni su actual paradero; por esto nos abstenemos de considerarlo, para no caer imprudentemente en errores.

Alguien nos ha sugerido la posibilidad de que este ejemplar de Zayas sea el mismo Ejemplar V, hoy en poder de la Universidad de la Habana; pero no puede ser, pues las descripciones de ambos difieren. Ese "cinto" que señala Zayas, o sea la diadema que tiene el ídolo en su frente, no concurre en dicho Ejemplar V; y de su análisis podría resultar un elemento muy significativo para el simbolismo total de las consabidas imágenes.

Presentamos ahora dos figuras (9 y 10), referentes ambas a una misma vasija indocubana hallada en una cueva de Daiquirí, Oriente, y en la actualidad en el Museo Bacardí de Santiago de Cuba. En su orla se observan incisos varios dibujos lineales correlativos, de forma sigmoidea, en los cuales las líneas se han prolongado y luego doblado paralelamente a sí mismas, dando la idea de dos brazos en posición análoga a la de las figuras típicas que estudiamos, aunque sin cabeza intermedia. La analogía está clara, y sugiere la verosimilitud de una identidad simbólica, si bien no pasa de ser hipotética. Señalamos también en esta cazuela cómo los consabidos signos sigmoideos ofrecen entre sí ligeras variantes y se combinan alternativamente con otros reiterados esquemas, también muy típicos y por cierto más frecuentes que aquéllos en la cerámica indocubana; o sean esos incisos rectángulos de esquinas curvilíneas y con una raya interna, paralela y equidistante entre sus lados longitudinales.

Tenemos una fotografía de una imagen de piedra muy parecida a los Ejemplares I o II, con una figura mayor en la cual probablemente hubo inserta otra menor en el vientre, con rasgos semejantes a los consabidos. Pero este ícono es muy burdo y los relieves de la figurilla ventral son demasiado borrosos para que puedan ser reconocidos. Por esto no la incluímos en esta colección. También se halla en el Museo Bacardí y se encontró en una cueva de la misma zona que las otras.

También podemos relacionar con estos ejemplares y sus singulares figuraciones, otros hallados también en Cuba. En la

cerámica cubana abundan las figuras consistentes en una cabeza y dos brazos con manos. En algunos casos los dos brazos están hacia arriba, en otros están hacia abajo. A veces muestran también en los brazos las estrías longitudinales y las transversales, características de los ejemplares de las imágenes que estamos estudiando. En numerosas ocasiones los símbolos de los brazos se separan de la cabeza. Los brazos juntos forman como una semicircunferencia con las manos hacia abajo y la cabeza llena el semicírculo y está indicada por ojos, nariz y boca. En algunos otros tiestos los brazos quedan solos, pero siempre formando un gran arco con las manos hacia abajo. En este caso la cabeza desaparece, pero la figura de los brazos mantiene el antropomorfismo. De todos modos, estos diversos símbolos forman parte del mismo complejo sistema simbológico de los sigmoides objeto de este trabajo. Sus elementos son los mismos: cabeza y brazos con manos y estrías, ora longitudinales otra transversales. Sólo varía la correlación de la cabeza y los brazos, acaso siendo éstos los fundamentales.

¿Cuáles son los elementos significativos que integran tal problemática figura?

Las materias en que han aparecido estas representaciones —piedra caliza, diorita y barro— no parecen tener significación alguna. Responden, al parecer, al destino que tenía la imagen y, sobre todo, el objeto principal donde la figurilla tenía su asiento. Los elementos significativos parecen ser exclusivamente los morfológicos que integran su figura y su situación.

1º *Una cabeza humana*. La figura representa ante todo una cabeza humana, mediante un contorno lineal grabado en la piedra o por su modelación plástica en el barro. En la piedra la cabeza está indicada por una línea incisa en figura de un círculo irregular. En la superficie de ese círculo están grabadas dos oquedades circulares y profundas que son los dos ojos, la nariz está esculpida en bajo relieve, y la boca está siempre abierta o por lo menos no parece cerrada ni reducida a simples trazos lineales. La cabeza, cuando plasmada en el barro, resulta mejor hecha, y al parecer (al menos en la fig. 7) con la boca cerrada.

Es dudoso, en algunos casos, si la figura capital representa una calavera o una cabeza viva. Por lo profundo de las cuencas

de los ojos y, en ciertos casos, de las cavidades de la boca y de la nariz, pudiera inferirse que se trata de un cráneo de muerto. También abona esta interpretación el hecho de que a las cabecitas les faltan siempre las orejas; las calaveras no las tienen. Pero en otras ocasiones, por la figuración de la naricilla y la de la boca y, además, por la de los brazos y manos, puede inferirse que la imagen representa un ente con vida, o sea con movimiento, con acción. Así, pues, no se trata con seguridad de una calavera o cabeza de muerto. Los indios cubanos sabían representar muy bien los mondos cráneos de los muertos, con sus ojos hundidos, su nariz en cavidad y su boca ancha, de oreja a oreja, lineal o con los dientes bien ostensibles. Sin embargo, consignamos la duda.

Por otra parte, son muy compatibles en el simbolismo mitológico la cabeza de un muerto y los movimientos de éste. Los entes fantasmales o ancestrales "tienen vida"; en la parte invisible de este mismo mundo ellos ejecutan sus actividades, que los seres humanos experimentan. Y bien conocido es que entre los indios cubanos la necrolatría desempeñaba un gran papel en su religión y sus costumbres.

2º *Dos brazos.* De la imagen capital salen dos brazos. No se trata de dos tentáculos ni de otras extremidades animales o humanas. No son dos piernas sino dos brazos y dos brazos humanos.

Así en la piedra como en el barro, éstos son representados no por una sola línea sino por dos paralelas o por un rasgo que indica inequívocamente el grosor correspondiente al brazo en relación proporcional con el tamaño de la cabeza. Los brazos parten ambos aproximadamente del lugar del cuello, en la parte inferior de la cabeza, y en su trazado se ha prescindido del cuello y de los hombros. Toda la figura se reduce a una cabeza y dos brazos que salen de ella.

Es de interés advertir desde ahora que son dos brazos los que surgen de la cabeza central y no uno solo, ni tres ni cuatro brazos o piernas o simplemente líneas alabeadas o angulosas, como ocurre en otros símbolos análogos de otros pueblos y culturas a los cuales tendremos que referirnos.

3º *Sendas manos.* Cada uno de los dos brazos termina en una mano abierta figurada con sus respectivos dedos. Este elemento

es tan importante que aparece en todos los ejemplares, aun en los materiales más ingratos para el trabajo del artista. A veces los dedos no son más que cuatro; pero este detalle no parece ser esencial. Lo importante para el simbolismo de la figura parece haber sido la existencia de las manos abiertas y de los dedos, pero no la exactitud numérica de éstos.

4º *Brazos alabeados*. Los dos brazos no tienen su codo correspondiente. Su figura nunca es acodada, sino de curva alabeada o embrionariamente helicoidea.

5º *Brazos sigmoideos*. Los brazos están colocados de manera que uno de ellos, generalmente el derecho, está alzado y su curva va desarrollándose desde la parte inferior de la cabeza y paralela al perfil derecho de ésta, hasta la altura de la misma; mientras el otro brazo arranca desde la base de la cabeza y se flexiona curvamente hacia abajo. Por excepción (fig. 7), los brazos salen respectivamente de los correspondientes lados de las cabezas. En casi todas las imágenes, el brazo inferior aparece algo más plegado que el superior, debido ello a que el brazo alzado ha de ser desarrollado alrededor de la cabeza, cuya curvatura sigue, y el brazo bajo, por independiente y apartado de la cabeza, no tiene que someter su curvatura a la de otro miembro alguno.

De todos modos, aun estando más flexo que el brazo superior, también el inferior con su curvatura se correlaciona con su compañero para presentar ambos la figura en ese. Esta aparece perfectamente plasmada en la fig. 7; pero es indudable también en los otros ejemplares, aun cuando no tan regularmente trazada. Por todo esto puede inferirse que la figuración de ambos brazos es de tipo sigmoideo y que su más simple esquema es el de la letra *sigma* o *ese*. No puede decirse en rigor si las líneas esquemáticas de los álabes o de la sigmoide deben considerarse como dos embriones de espirales conjugadas. Dada su figuración esquemática, debe pensarse que el diagrama geométrico de la efigie simbólica, o sea un círculo con los álabes (fig. 11), no es sino la síntesis nuclear de dos espirales concéntricas (fig 12) más bien que de dos espirales desarrolladas aparte, en equivalentes direcciones y conjugadas por la unión de sus líneas externas (fig. 13).

Fig. 11 Fig. 12 Fig. 13

Este criterio acerca de la naturaleza de las espirales coincidentes en el círculo esquemático central es de gran importancia para la interpretación de este signo ideográfico. Debemos decir desde ahora que la dirección de las espirales simbólicas que nos interesan ha de entenderse siempre en un sentido centrípeto, de afuera hacia dentro, y en manera alguna centrífugo. Con arreglo a esta pauta gráfica de la interpretación dinámica, tendremos que en las figuras 11 y 12 la dirección rotatoria será hacia el centro o círculo vortical común de las dos espirales del emblema, con lo cual resultará un movimiento hacia la izquierda, o sea al revés de las manillas de los relojeros; mientras que en el esquema de la fig. 13 cada una de las espirales tendrá un foco aparte y el movimiento derivado por la acción de ambos será en sentido reverso al de aquéllas, o sea hacia la derecha o como en el reloj. Sin embargo, habrá que ser cautos en esta esquematización aun cuando creemos que debemos considerarla para interpretar el símbolo ideográfico.

En un solo caso de estos ideogramas indocubanos (fig. 6) la correlativa posición helicoidea de cada brazo es diversa; estando el brazo derecho en lo bajo y el izquierdo en lo alto. En este caso excepcional a lo inusitado de la figura se une lo raro del material pétreo en que ésta ha sido grabada.

6º *Rotación levógira.* La forma alabeada y sigmoidea de los brazos insertos en la cabeza dan la idea inequívoca de una actitud rotatoria. Cualquier otra significación habría colocado ambos brazos en actitud distinta, ambos acodados hacia lo alto, o sobre el pecho, etc. Por eso se ha pensado que la figura representaba "una

actitud de baile", precisamente por ése su evidente simbolismo giratorio. La posición de los brazos de la imagen es siempre rotatoria; pero, salvo un caso, es hacia la izquierda o sea en sentido contrario a las vueltas de las manillas de un reloj, o sea del signo horario de las XII hacia la izquierda, hacia las VI. Es decir, en sentido *levógiro*, como dirían los físicos; *sinistrorsum*, como decían Plinio y otros clásicos; o *sinistroverso*, como puede ahora escribirse, castellanizando el vocablo.[5] Un movimiento opuesto al *dextrógiro*, *dextrorsum* o *dextroverso*.

En el esquemático ideograma indocubano, las curvas líneas de los brazos son como dos espirales conjugadas en un solo foco común y el sentido de la rotación se significa por el de la convexidad de las líneas alabeadas de dichos brazos. Como si el impulso o fuerza que hace rodar se recibiera en el lado cóncavo de la línea bracera, y como si al moverla ésta se encorvara por la resistencia que halla, presentando una superficie convexa para huir de dicha resistencia y amenguarla. Solamente en el ya citado caso excepcional de la fig. 6, el sentido rotario de la sigmoide es dextroverso, al igual que las manillas del reloj, de la hora de las XII hacia la I, o sea hacia la derecha.

Si "revolución", en una de sus acepciones, es la acción de versar o girar una cosa alrededor de su eje o de un punto determinado, parece indudable que a este ente simbólico que venimos estudiando lo podemos considerar como dinámicamente "revolucionario".

7º *Estrías transversas en los brazos.* En las figuras grabadas en piedra (figs. 1, 2, 4 y 5) y en la 7, que está hecha en barro, se observan en sus brazos unas incisiones transversales muy significativas. Siempre se componen de dos estrías paralelas y están situadas en lo alto del brazo, como brazales, o junto a la muñeca, como brazaletes, manillas o muñequeras. Estas estrías transversas no se presentan, por excepción, en la fig. 6; la cual, por éste y otros deta-

[5] Refiriéndose al movimiento rotativo, también simbolizado por la svástica, O'Neill llamó *reverso* a este movimiento; pero, aparte de la confusión con que lo emplea dicho autor, ello implica que es una rotación al revés, contraria, opuesta o *adversa* a otra, que es la correcta. ¿Cuál sería la dirección prototípica del versar o de la versión?

lles, es de carácter inusitado, como ya hemos indicado. Ni se observan tampoco en una de las de barro de Harrington (fig. 8).

8º *Estría longitudinal intermedia en cada brazo.* En la fig. 8 se observa una estría incisa a todo lo largo de cada brazo, en su parte intermedia, equidistante de los perfiles laterales. En cambio los brazos de esta figura no presentan estrías transversas.

9º *Orla tetralobular en la cabeza.* Este carácter no parece fundamental, pues se encuentra sólo en uno de los ejemplares que venimos estudiando (fig. 8). En él se da un símbolo complementario, consistente en cuatro lóbulos que como una diadema orlan su cabeza. Acaso por ser formado en barro, la técnica plástica ha facilitado su inserción, cosa más difícil para los indios en las figuras esculpidas en piedra. De todos modos, tampoco figura este festón lobulado en el otro espécimen de barro, el de la fig. 7.

10º *Carencia de tronco y de piernas.* Sin embargo, hay que advertir que ninguna de estas figuras presenta, además de su cabeza y sus brazos helicoideos, ni sus correspondientes troncos ni sus piernas y pies, como es frecuente aun en las figurillas humanas más estilizadas. Son simplemente *cefalo-sigmoides*, lo cual puede ser también de interés simbólico.

11º *Carencia de connotaciones sexuales.* Ni en la imagen enigmática ni en la que la sostiene se hallan figuraciones de carácter sexual, como órganos genitales, senos y ombligos. Ni de masculinidad ni de feminidad.

12º *Posición icónica subordinada.* La imagen consabida se encuentra en situación subordinada a otro elemento mayor. Así, en las piedras de las figs. 1, 2 y 3 la figurilla cefalosigmoidea aparece en el vientre de otra figura antropomorfa.

En la fig. 6 puede considerarse que su posición es análoga, pues los contornos de la diorita en que aquélla está grabada dan fácilmente la idea de una burda representación icónica, con cuerpo y cabeza, más que de una concepción destraliforme. En este caso, la cabecita de los brazos alabeados ocupa también la posición ventral de la figura mayor. En las figs. 4 y 5 se trata de fragmentos de piedra, lo cual no permite deducir si la posición de la imagen sería o no correlativa a otra mayor. En las figs. 7 y 8 trátase de cascos de alfarería. La imagen no aparece en ellas subordinada a otra

de mayor categoría. Sin embargo, está por considerar el verdadero simbolismo de las cazuelas indocubanas y no es inverosímil que éstas vasijas por sí tuvieran una representación mitológica, principal y predominante, equivalente a la de la gran imagen pétrea donde la cefalosigmoide está a veces inserta en su posición ventral.

13º *Situación cavernícola.* Todos los ejemplares arqueológicos de piedra que venimos estudiando fueron encontrados en sendas cuevas. Son de considerar especialmente los íconos números 1, 2, los cuales formaban parte del complejo arqueológico de las respectivas cuevas de una manera fija, por estar esculpidos en una de sus rocas.

14º *Situación geográfica.* Que sepamos, todos los objetos con la consabida imagen de los trazos helicoideos han sido hallados en la provincia cubana de Oriente. Precisamente en su parte más oriental, en su borde marítimo, próximo a Santiago. Salvo la duda ya expuesta acerca del "heterodoxo" espécimen de la fig. 6.

15º *Simbolismo.* Ya a *prima facie* puede deducirse sin ambages que la figura problemática en cuestión es un símbolo y que todos sus elementos son de carácter simbólico. No se trata de una figuración real sino meramente imaginativa. Y es un símbolo complejo. De la insistencia de todos y de cada uno de los elementos figurativos que hemos analizado puede inferirse que cada uno de ellos tiene un sentido propio y coadyuvante al complejo simbólico de esta imagen "de posición rara".

Así, pues, el ideograma en cuestión debe de ser interpretado como un conjunto de signos plásticos, no significativos por su propio valor realista, sino por su valor derivado y de sentido convencional que le era otorgado por los indocubanos. Su simbolismo nacía de una correlación de ideas con valor facticio y tradicional en dicho grupo humano, como una tropología que tradujera a signos materiales ideas o cosas inmateriales de otro modo inexpresables. Todo símbolo tiene por función ser un signo intermediario entre un fenómeno o una idea que se quiere expresar y la limitada capacidad de la mente para expresarlo. En verdad, todo lenguaje es simbólico. Así el sonoro o por sonidos de voces, golpes, tambores, etc., como el visivo o por presentación de cosas, movimientos o figuras. Esto resulta más aparente en los lenguajes gráficos y sobre

todo en los referentes a conceptos y representaciones de carácter mítico, religioso o abstracto, porque entonces se trata de expresar ideas metafísicas e inefables. Por esto decía Goethe: "En el símbolo lo particular representa lo general, no como un sueño ni como una sombra, sino como una viva y momentánea revelación de lo inexcrutable." Pero, aun lejos de estos simbolismos de la inmaterialidad, es lo cierto que toda palabra, todo dibujo, todo gesto es un símbolo si tiene reconocido un valor de intercambio social. La relación tropológica o figurativa entre el símbolo y su significación puede con frecuencia ser remota; no surge de una comparación directa sino de un eslabonamiento de representaciones alegóricas cuyos nexos intermedios a veces se han olvidado. Es fácil comprender que la cara de una deidad llorando puede significar la lluvia, como entendían los ceramistas indoantillanos; pero es más complicado admitir que la tempestad y la fecundidad pueden ser figuradas por un caracol, por una serpiente o por una simple línea espiral. Sin embargo, la humanidad tiene como una de sus características la de ser creadora de símbolos y no hay pueblo primitivo que carezca de su propio sistema de símbolos expresivos de sus ideas. Entre los indios de Cuba esa figura típica era un signo de su lenguaje gráfico, equivalente a otros signos que le eran sinónimos o sinmorfos en otros lenguajes; por ejemplo, a una onomatopeya en el habla oral, o a una giración en la mímica.

16º *Antropomorfismo.* El diseño constituye al parecer una representación antropomórfica estilizada con trazos humanos. No se trata de un ser zoológico ni monstruoso, sino de la figuración esquemática de una cabeza humana, por medio de sus líneas más simples, y por dos brazos con manos, sin el cuello ni el tronco ni las extremidades inferiores. Si bien ya en los brazos se advierte algo innatural, o sea su total alabeo helicoideo, que suprime su anatómica acodadura.

17º *Mitomorfismo.* La parvedad de los elementos antropomorfos, reducidos a una cabeza y dos brazos con sus dedos, la carencia de tronco y piernas, el alabeo de los brazos, sus estrías ora longitudinales otra transversales, su flexión sigmoidea, su sentido rotatorio y sus posiciones típicas nos hace pensar que se trata de una imagen integrada por diversos elementos mitomórficos. Lo

esencial del símbolo parece estar en la sigmoide, y la cabeza y los brazos son meros símbolos adicionales de personificación mítica; no precisa y directamente como entidad antropomorfa, sino teomorfa.

Opinamos, pues, que se trata de un ideograma representativo de un personaje mítico. ¿Cuál puede ser éste?

Interpretaciones propuestas

Al simbolismo de esta cubana imagen cefalosigmoidal se le han dado diversas interpretaciones, de las cuales vamos a tratar.

Signo búdico. Eugenio Sánchez de Fuentes dijo que ese signo es búdico, por semejarse al que según la leyenda india llevaba Buda sobre su corazón, o sea la svástica. Negamos tal budismo, como ya hizo Rafael Azcárate,[6] y en cuanto a sus semejanzas ya se verá más adelante lo pertinente.

Signo de baile. Esta hipótesis parece haber sido avanzada por el doctor Carlos de la Torre. Para fundamentar esta hipótesis está la lógica inferencia de que la forma helicoidea de los brazos integra un símbolo de movimiento rotatorio. Esto nos parece evidente. Y de ahí se ha pasado a imaginarlo como la estática figura del dinámico volteo de una danza. Pero no todo movimiento rotatorio de brazos equivale a un baile. Sobre todo, ¿de qué danza? ¿Cuál era la danza tan importante que hacía reproducir su figura en cuevas, piedras y barros? Aun evocando un trance danzarino, ¿no podría darse que esta figura helicoidea y rotatoria representase algo que a la vez pudiera ser simbolizado también por las vueltas de un baile? Algo que fuera más trascendente y vital para el pueblo indio que un simple movimiento coreográfico. Por ahora conformémonos con admitir que es una alegoría de sentido rotatorio. Si es o no armonizable con la imaginación del baile ya lo veremos más adelante.

Signo de fecundidad. Esta interpretación fué iniciada por el doctor Fernando Royo, quien basó su criterio en los siguientes elementos objetivos: la posición subordinada, interna y ventral, y su

[6] *Historia de los Indios de Cuba*. Habana, 1935, p. 154.

figura simple, de cabeza antropomorfa con dos brazos. Esto ha evocado la imagen de un feto en el claustro materno y hasta se ha sugerido que podía ser la presentación cefálica del feto en el parto, de manera acaso sobradamente realista. Morales Patiño ha sugerido que tales imágenes sean las de *Atabeira*, la diosa madre de la Creación.

Esa tesis fué también recogida por Herrera Fritot, relacionándola con la fertilidad de la tierra. Las imágenes representarían a la *Diosa Madre-Tierra* fecundada, ya con su criatura en gestación. En cierto modo éstas efigies, así interpretadas, recordarían ciertas imágenes marinas de la Edad Media donde la figura del *Niño Jesús* se representaba en la entraña partenogenética de su madre *María*. Esta analogía ideológica no ofrece inconvenientes. Pero los otros elementos parecen contradecir el sentido genético de ese símbolo. La carencia de tronco y de extremidades, así como de todo órgano sexual, es negativa. La forma sigmoidea de los brazos, sus estrías transversales y longitudinales y su sentido rotatorio, elementos muy destacados del símbolo, en nada se relacionan directamente con la genética. Esto no impide que el ideograma mitológico pueda tener cierta referencia indirecta a la fecundidad natural, como luego veremos.

No es que nos resistamos a creer que los indios cubanos pudieran representar el cuerpo de una mujer con su criatura en el antro materno. G. Hatt ha recogido tal figuración en uno de las pictografías arqueológicas de las Islas Vírgenes. "La figura sobre la piedra más cercana —dice Hatt— al final de la hilera, es particularmente interesante. La cabeza y el cuerpo de una persona están delineados en una posición horizontal; y dentro del cuerpo está representada otra persona con la cabeza en opuesta dirección. Me parece muy probable que tal pictografía estaba destinada a representar a una mujer embarazada: quizás un símbolo o una diosa de la fertilidad o del parto".[7] Pero las figuras descritas por Hatt son muy otras y de trazos inequívocos.

[7] Gudmund Hatt, "Archaeology of the Virgin Islands", *Proceedings of the Twentyfirst International Congress of Americanists. First part.* El Haya, 1924, p. 36.

Tampoco creemos que la simple figura de una cabeza con sólo dos brazos no pueda ser interpretada como la de un ser humano mitológico. Precisamente esa figuración forma parte de las cosmogonías que hallaron los frailes españoles entre los indios de Nueva España. Véase este párrafo del P. Mendieta: "Los de Tezcuco dieron después por pintura otra manera de la *creación del primero hombre*, muy a la contra de lo que antes por palabra había dicho a un discípulo del padre Fr. Andrés de Olmos, llamado D. Lorenzo, refiriendo que sus pasados habían venido de aquella tierra donde cayeron los dioses y de aquella cueva de Chicomoztoc. Y lo que después en pinturas mostraron y declararon al sobredicho Fr. Andrés de Olmos, fué que el primer hombre de quien ellos procedían había nacido en tierra Aculma, que está en término de Tezcuco dos leguas y de México cinco, poco más, en esta manera. Dicen que estando el sol a la hora de las nueve echó una flecha en el dicho término y hizo un hoyo, del cual salió un hombre, que fué el primero, *no teniendo más cuerpo que de los sobacos arriba*, y que después salió de allí la mujer entera; y preguntados cómo había engendrado aquel hombre, pues él no tenía cuerpo entero, dijeron un desatino y suciedad que no es para aquí; y que aquel hombre se decía *Aculmaitl*, y que de aquí tomó nombre el pueblo que se dice *Aculma*, porque *acullí* quiere decir 'hombre', y *maitl* 'mano' o 'brazo', como cosa que no tenía más que hombros y brazos, o que casi todo era hombros y brazos, porque (como dicho es) aquel hombre primero no tenía más que de los sobacos arriba, según esta ficción y mentira".[8] Este mito del sol, enviando una flecha o rayo a la tierra para abrir en ella un hoyo o cueva y allí engendrar el primer ser humano, aunque imperfecto, es análogo a otros mitos antropogónicos de los indios antillanos; en los cuales el primer ser humano es lanzado desde el cielo, o nace asexual en una cueva, etc. Pero no es idéntico al caso típico de las figurillas cubanas que estudiamos, en las cuales el ser misterioso y sigmoideo está en la entraña de otro ya formado.

[8] Fray Gerónimo de Mendieta, *Historia Eclesiástica Indiana*. México, 1870, p. 81. Las cursivas son nuestras.

Signo de natación. Esta interpretación, nunca publicada, debióse al connotado colèccionista de la arqueología quisqueyana Ing. Sr. E. de Boyrie Moya, si bien fué por él mismo rectificada.[9] Dice así Boyrie Moya: "Debo çonfesar que la primera impresión que me causaron estas figuras al verlas reproducidas en la obra de Harrington fué de que podían interpretar una 'actitud ritual' o una 'actitud de danza', y hasta, fantaseando más, una interpretación de 'nadador en pleno nadar' (impresión que produce especialmente la figura procedente de Imías). Busquemos, pensé, qué indio tuvo que realizar a nado parte del trayecto a Cuba huyendo de los españoles de aquí, y encontraremos quizás a quien represente esa figura... pero, luego, al ver las reproducciones gráficas de otras figuras encontradas posteriormente en el mismo oriente de Cuba, comprendí lo infantil de esta idea, y me sentí inclinado a aceptar el significado de 'fecundidad', ya que por lo menos en tres casos ha aparecido en la parte ventral de ídolos en los cuales parecen entreverse apariencias femeninas... Hasta tanto conozca la nueva interpretación mitológica ofrecida por el doctor Fernando Ortiz, estimo como bastante plausible, mientras tanto, la interpretación de 'símbolo de la fecundidad' que da el doctor Royo a este ideograma taíno. Me siento por otro lado muy reticente a considerarlo como posible representación de *Atabeira*, deidad principal de los taínos. Este último hecho, el de ser *Atabeira* la deidad principal taína, indica que su culto tenía forzosamente que estar muy difundido en la Hispaniola (principal baluarte taíno cuando el descubrimiento), Puerto Rico, etc., y la figurilla 'en posición rara', con los brazos en S, sólo ha aparecido en Cuba, y ello en muy contadas ocasiones (creo que unas 7 por todo)". Esto no obstante, recogemos la sugestión del signo de natación porque puede ser relacionado, aun cuando muy marginalmente, con nuestra interpretación de carácter meteorológico.

Signo de "Mabuya". Esta interpretación data de 1922 y es debida al poeta Armando Leyva.[10] Observando los especímenes

[9] Debemos estos datos, por carta particular, a la amabilidad de dicho señor y a la generosa intervención del Lic. Emilio Rodríguez Demorizi, jefe del Archivo General de la Nación en la capital de la Rep. Dominicana.

[10] Armando Leyva, *Museo*. Santiago de Cuba, 1922, p. 188.

arqueológicos de piedra y de barro que había en el viejo Museo Bacardí de Santiago de Cuba, dice que "lo verdaderamente notable en este ramo son los ídolos y piedras labradas encontradas en Playa Larga, lugar comprendido entre Guantánamo y Santiago, al cual denominaban los indios Bayquitrí. "La mayor parte de estos objetos —dice— tienen al relive o en hueco una cara con brazos en aspa, indicando esa figura misteriosa, con toda probabilidad, al *Mabuya*, que era el espíritu malo de aquellas razas." Nada más dice Armando Leyva.

La calificación de "brazos en aspa" es impropia; pero se refiere sin duda a las imágenes que aquí nos interesan, las cuales reproduce en sendos fotograbados de dicho libro. La interpretación de esas figuras como *Mabuya* es en Leyva meramente imaginativa, pues no dice en qué la basa; sin embargo, es importante y ya nos referiremos a ella en el curso de esta investigación.

Interpretación meteorológica. Nosotros preferimos iniciar nuestra pesquisa con una hipótesis basada en el carácter rotatorio de lasímbolo en cuestión. Y pensamos que su explicación podrá hallarse en la mitología de los indios referente a los varios fenómenos de carácter rotatorio, meteóricos, algunos de ellos muy terribles y trascendentes, que se dan en el ambiente geográfico cubano.

Los indios antillanos en general, como los demás pueblos de análogo nivel en su cultura, hacían vida muy en contacto con la naturaleza y daban consideración religiosa preferente a los meteoros que más excitaban los estímulos emotivos de toda religión: el temor y la esperanza. Los meteoros que más les amedrentaban, a quienes había que aplacar, y los que más les ofrecían, a los que había que atraer. Entre estos meteoros antillanos que más inspiraban miedo y deseo estaban los aéreos, como las trombas, los tornados y sobre todo el *huracán*, o sea el *jurakán*, como pronunciaban los indios.

Caracteres del huracán. No hay duda de que el huracán es uno de los espectáculos más imponentes de la naturaleza tropical y uno de los fenómenos más terríficos, más devastadores, más irresistibles y más misteriosos, sin exceptuar los terremotos.

El *tornado* es ciertamente más violento que el huracán por cuanto en aquéllos el viento logra a veces una velocidad de 300

a 400 millas por hora, mientras la mayor registrada por los ciclones fué de sólo unas 200.[11] Pero el tornado opera en un área muy reducida y en un tiempo brevísimo, acaso de una fracción de minuto, generalmente menos de una hora, y en cambio el huracán se extiende a un vastísimo espacio geográfico y se prolonga por días enteros; debido a lo cual el huracán resulta el meteoro más desastroso. Mientras se está terminando este libro, en octubre de 1945, un terrible tornado o "manga de viento" ha atravesado la isla de Cuba por su centro, produciendo muchas muertes y destrozos.

Los ciclones se dan sobre todo en los trópicos porque la principal causa de los mismos es climática. En el Océano Atlántico, al norte del ecuador, entre Suramérica y Africa, existe un área o faja en la cual se nota una pequeña depresión barométrica; los vientos suelen ser ligeros y variables y son frecuentes las tormentas que los meteorólogos llaman de tipo conveccional. Durante las épocas del año en que esa faja está muy cerca del ecuador nada extraordinario suele ocurrir en ella, principalmente porque para iniciar un ciclón es necesaria la acción terrestre y ésta es casi nula en las inmediaciones del ecuador. Pero al final del verano y comienzos del otoño la susodicha faja ha subido por el lado de Africa, de unos 10 a 15 grados lejos de la línea ecuatorial, y entonces la fuerza derivada de la rotación de la tierra es suficiente para iniciar la circulación ciclónica si son favorables las otras circunstancias, entre las cuales los meteorólogos señalan la alta temperatura y la mucha humedad. Además, al subir la citada faja hacia el norte, lo cual ocurre aproximadamente de mediados de julio a mediados de septiembre, los vientos alisios del sudeste cambian su dirección normal y se convierten en vientos del sudoeste, quedando así una zona de vientos ligeros e inestables entre dos áreas de vientos soplando en direcciones opuestas, la cual es propicia a la formación de los ciclones. Entonces puede surgir uno de éstos, encontrando a su favor la gran fuerza derivada del calor despedido por el proceso de condensación y precipitación de la mucha humedad.[12]

[11] Charles L. Mitchell, "West Indian Hurricanes", en *Scientific*. Lancaster, diciembre de 1930, p. 550.

[12] *Ibid.*, p. 548.

En toda la atmósfera jamás cesa el movimiento y las corrientes que en ella se forman son de dos tipos, como hoy dicen los meteorólogos: *ciclones* y *anticiclones*. En los primeros, los vientos se inclinan hacia donde es más baja la presión atmosférica y giran más o menos simétricamente alrededor del centro de presión mínima; en los segundos, los vientos se dirigen hacia afuera con relación a un centro de presión atmosférica alta. Los ciclones a su vez se distinguen en dos clases: *tropicales* y *extratropicales*. Estos últimos son los más frecuentes y ocurren en todas partes, en mares y continentes, sobre todo en las altas y medias latitudes y más en invierno que en verano. Son de mayor diámetro que los ciclones tropicales y generalmente de carácter poco violento. En cambio los ciclones tropicales son propios de las bajas latitudes, comparativamente raros, nacen en los mares y sin compañía de anticiclones, pero desarrollan inverosímil furia.[13] Los ciclones tropicales se forman en todos los océanos, excepto en el sur del Atlántico; es decir, donde se dan las condiciones necesarias para su formación, tales como diferentes presiones atmosféricas, grandes calmas, vientos alisios, dilatadas extensiones de mar, calor tórrido y cambios de temperatura al acercarse el equinoccio, etc. En las costas del Golfo de México y en el mar Caribe, los huracanes son característicos; y aunque todas sus poblaciones y puertos no sufren cada año tales cataclismos, acaso no hay lugar por esas tierras que no haya sido castigado alguna vez por ellos, y su recuerdo doquiera está presente.

Es típico del huracán el tener un movimiento giratorio y otro progresivo o traslatorio. El ciclón gira sobre su centro a velocidades variables que son increíbles. El último ciclón que pasó por la Habana en 1944 fué registrado a una velocidad giratoria de 162 millas por hora. Se calculó que el de 1928 en Puerto Rico llegó a unas 200. Se opina que las ráfagas del huracán pueden, en ciertos momentos, alcanzar hasta 250 millas por hora.

El huracán en su rotación abarca un enorme diámetro, que con frecuencia se extiende de 300 a 600 millas. El diámetro del huracán crece a medida que se aleja de las calmas tropicales donde

[13] Ivan Ray Tannehill, *Hurricanes, their Nature and History*. Princeton, 1944, pp. 1 y 3.

suele formarse; en éstas su diámetro es corto y su anillo más apretado y opresivo, y su impetuosidad se hace más irresistible. Por su típico movimiento de rotación vertiginosa los científicos lo conocen por *ciclón*, como fué sugerido primeramente por H. Piddington, a mediados del siglo pasado en Calcuta,[14] si bien ya desde el siglo XVII los marinos germánicos e ingleses consideraban a los ciclones como remolinos de viento, apreciando su típico movimiento giratorio. Y este concepto se hizo común en todos los mares castigados por aquellos meteoros.

Como decía el dominico francés P. Labat, el huracán de las Antillas es "un viento impetuoso que recorre todos los rumbos del compás, es decir, que sopla de todos los puntos del horizonte uno tras otro".[15] Ya con anterioridad, el P. Du Tertre había dicho con directa referencia a la singular peligrosidad de la rotación del huracán antillano: "Lo que hay de más peligro y causa mayores daños es que en venticuatro horas, y a veces en menos tiempo, da toda la vuelta al compás, no dejando ni rada ni puerto al abrigo de sus borrascosas impetuosidades, de manera que todas las naves que están por las costas perecen, sin que puedan salvarse ni las que están en los fondeaderos."

Con criterio análogo a los ingleses, los marinos portugueses con anterioridad, al encontrarlo por las costas de Guinea, lo denominaron *tornado*, porque torna sobre sí. Adviértase que hoy día se da el nombre de *tornado* a lo que no es propiamente un huracán, aunque es también un meteoro aéreo de carácter giratorio. Es como una gran trompa o manga de viento, en forma de embudo o cono invertido y generalmente sinuosa, que sigue una parábola relativamente corta y se extingue en poco espacio. Sin embargo, *tornado* y *huracán* son fundamentalmente iguales; ambos son meteoros giratorios, traslativos, ascensionales y fundibuliformes, aunque el primero es más vertiginoso, más breve y de menor radio. Una característica diferencial del *tornado* es que por ser de tan reducido radio a veces puede ser comprendido en conjunto en una sola mirada. El *tornado* puede ser visto, el huracán nunca se ve. El *tornado* es como una inmensa sierpe que sale del cielo y baja ondulando a la

[14] *Ibid.*, p. 1.

[15] *Nouveau Voyage aux Isles de l'Amérique*. París, 1742, t. II, p. 278.

tierra. El *tornado,* por su color comúnmente grisáceo y sus líneas ondulantes, con frecuencia parece como la trompa gigantesca de un elefante, como de una milla de largo, colgando de los cielos. A veces es vertical, en otras se inclina, pero generalmente es algo ondulante. Quienes lo vieron y conocieron sus revueltas y sus horribles estragos, necesariamente lo compararon a un ciclón o, mejor dicho, creyeron que *tornado* y *huracán* eran todo uno. El tornado era un huracán visible; el huracán un tornado inmenso, que por su misma magnitud no se podía ver. A esta inevitable y general confusión contribuyó sin duda la circunstancia de que a veces se acompañan huracanes y tornados, de manera que mientras el ciclón está rugiendo y castigando, sus víctimas ven la nube parduzca y serpeante de un tornado que contribuye a su daño y pavor. Hoy no cabe duda de esa contingencia, pues la ciencia ha comprobado la posible simultaneidad de ambos meteoros aéreos.[16]

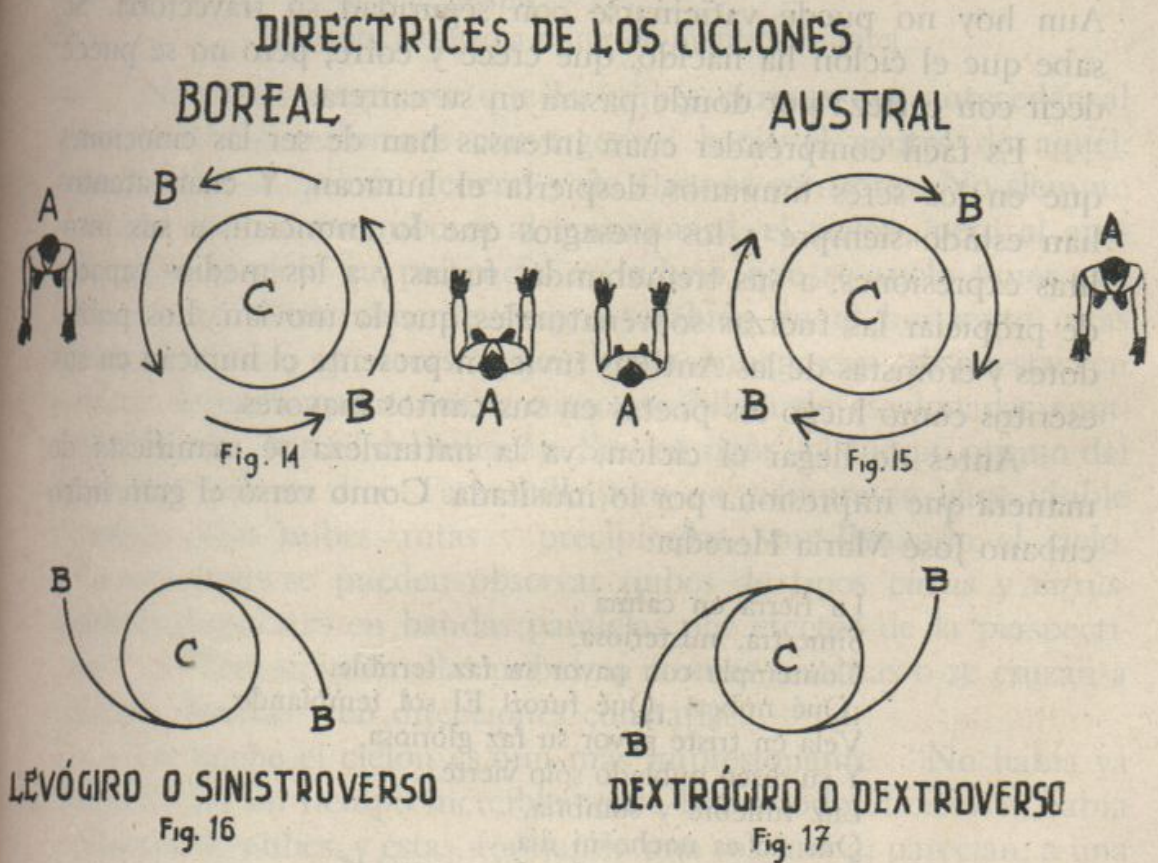
Quienes tuvieron tal experiencia, insólita pero posible, pensaron que aquella celestial culebra que furiosa descendía de las nubes y hozaba la tierra con sus fauces y destruía todo cuanto hallaba a su paso, no era sino el huracán mismo, su cuerpo visible o uno de sus brazos, el que les infligía un más fuerte azote.

Esta rotación del huracán lo hace más destructor y misterioso. Su furia va rotando por todos los rumbos, por todos los vientos, de un punto cardinal al otro; como en una estrategia envolvente, como si una culebra monstruosa nos fuera rodeando en sus anillos para sacudirnos y estrujarnos. Lo que se mantuvo en pie a sus embates desde el norte puede caer poco después por las ráfagas del sur.

Es curiosísimo que los ciclones jamás puedan pasar el ecuador, del uno al otro hemisferio; y que en el septentrional, donde está Cuba, el huracán, como el tornado, gira siempre en sentido opuesto a las manecillas de un reloj, mientras en el hemisferio meridional el movimiento rotatorio es en sentido contrario. Según esta ley,

[16] Tannehill, *ob. cit.*, pp. 24 y 25. En la noche del 4 de octubre de 1933, cuando un ciclón se hallaba cerca del sur de Florida, al este de Cayo Hueso y al sur de Miami, procedente de las proximidades de la Habana, ocurrieron *tornados* en Miami, Hollywood y Fort Lauderdale. Se tienen noticias de otros varios casos comprobados a lo largo del siglo XVIII.

descubierta hace más de un siglo por Buys Ballot, cuando durante un ciclón en el hemisferio boreal alguien da la espalda al viento, la presión del aire es siempre más baja a su izquierda y allí está el vértice; y viceversa ocurre en el hemisferio austral. Por encima del ecuador el ciclón es siempre *levógiro, sinistrorsum* o *sinistroverso*. Por debajo del ecuador es invariablemente *dextrógiro, dextrorsum o dextroverso*. (Véase figuras 14, 15, 16 y 17.)



A. Individuo observador.
B. Dirección del viento.
C. Vórtice u ojo del ciclón.

Al mismo tiempo que el ciclón gira vertiginosamente, se va trasladando de lugar con una velocidad muy variada y a veces creciente, de unas 10 a 50 millas por hora, hacia el punto de menor resistencia o sea hacia la menor presión atmosférica. Su movimiento

de traslación, que los hace avanzar en masa, es también muy variable; unas veces con gran velocidad y otras en que apenas adelantan unas pocas millas y hasta parece que se mantienen estacionarios, como ensañándose en sus víctimas.

Cuando, hasta hace poco tiempo, se carecía de un sistema de observatorios meteorológicos, los huracanes se presentaban imprevistos. La inesperada aparición del huracán, como ocurre en los terremotos, añadía al gran meteoro aéreo un grave motivo de terror. Aun hoy no puede vaticinarse con seguridad su trayectoria. Se sabe que el ciclón ha nacido, que crece y corre; pero no se puede decir con certeza por dónde pasará en su carrera.

Es fácil comprender cuán intensas han de ser las emociones que en los seres humanos despierta el huracán. Y cuán atentos han estado siempre a los presagios que lo anuncian, a sus insólitas expresiones, a sus tremebundas furias y a los medios capaces de propiciar las fuerzas sobrenaturales que lo movían. Los pobladores y cronistas de las Antillas tuvieron presente el huracán en sus escritos como luego los poetas en sus cantos mayores.

Antes de llegar el ciclón, ya la naturaleza se manifiesta de manera que impresiona por lo inusitada. Como versó el gran lírico cubano José María Heredia:

> La tierra en calma
> Siniestra, misteriosa,
> Contempla con pavor su faz terrible.
> ¡Qué nubes! ¡Qué furor! El sol temblando
> Vela en triste pavor su faz gloriosa,
> Y su disco nublado sólo vierte
> Luz fúnebre y sombría,
> Que no es noche ni día...
> ¡Pavoroso color, velo de muerte! [17]

A veces el cielo se enrojece, como si reflejara un incendio inmenso cuyas llamas se acercaran amenazadoras, y los crepúsculos se tiñen de raros arreboles. Hasta el sol y la luna se cubren a veces con un tenue velo que llena la atmósfera y descompone la luz en halos misteriosos, produciendo encendidos reflejos como de una aurora polar o fantasmales coronas para la reina de la noche. Aparecen nubes extrañas, unas como plumas arrancadas a los airones

[17] De su poesía *En una tempestad*, de 1822.

de una monstruosa ave celestial. Son los cirrus de grandes curvas en forma de "rabos de gallo", "colas de caballo", "árboles del viento", etc., como se dice en Cuba. Son los "arcos cirrosos" que dicen los meteorólogos tropicales, los cuales, a manera de brazos, convergen hacia un punto desde el horizonte por donde ha de venir el huracán. Heredia los pudo contemplar:

¡Ved!... ¡En el horizonte
Los brazos rapidísimos enarca
Y con ellos abarca
Cuanto alcanzo a mirar de monte a monte!

No puede asegurarse que las nubes cirrosas que anteceden al huracán sean realmente convergentes hacia el centro de aquél: pero esa es la opinión general y de algunos escritores. No siempre se dan esas curvas nubosas al aproximarse el ciclón, pero al aparecer en el cielo su presencia es indicio que se suele tener por inequívoco. Generalmente surgen también en el horizonte otras nubes, primero grisáceas y que luego ennegrecen, dispuestas en masas densas y montañosas, como cordillera de escalonadas cumbres. Son la "barra" del huracán. Son en rigor "el cuerpo mismo del huracán", como dice Tannehill; pero no siempre se hace visible porque otras nubes, rotas y precipitadas, van llenando el cielo. En ocasiones se pueden observar nubes de tipos *cirrus* y *cirrus-stratus* dispuestas en bandas paralelas por efectos de la perspectiva.[18] A veces se juntan las nubes en formas insólitas o se cruzan a alturas diversas y en direcciones contrarias.

De noche el ciclón es aún más impresionante. "No había ya luceros. En un tiempo increíblemente breve todo el cielo se había cubierto de nubes, y éstas, formando una sola masa; parecían, a una luz procedente de ninguna parte, hervir en tumultuosa y loca precipitación." Una "nube verde y negra cubría el mundo".... "Las rachas bramaban ya, múltiples y fieras, llenaban la tiniebla, y la tiniebla lo era todo. En ella no había ya contornos ni medidas".[19]

El mar también se siente extraño. Antes del ciclón suele estar en calma, silencioso y casi imponente, sin el azul de su plácida hermosura y sin animar su faz con blancos rizos. Sus ondas se hacen

[18] Tannehill, *ob. cit.*, p. 96.
[19] Lino Novás Calvo, *No sé quién soy*. México, D. F., 1945, p. 17.

pesadas y parsimoniosas, como si temieran el arribo del "enemigo malo". Ahora no tienen las crestas espumosas de cuando son acariciadas por las brisas y los brisotes, sino unas largas ondas, bajas y suaves, como las de una gran sierpe que se deslizara bajo las aguas. Y sobre ellas pasan los vientos, a veces en direcciones distintas, pero débiles para contrariar la marcha de las olas que vienen como huyendo de una potencia mayor, lejana e invisible.

El sofoco de la estación aumenta hasta hacerse angustioso, en la calma serena del ambiente resuena el creciente rugir de la lejana marejada que se acerca a gran velocidad bajo el azote del vendaval, las mareas crecen, se van sintiendo de cuando en cuando algunas ráfagas precursoras, la electricidad sensibiliza la atmósfera, caen chubascos muy copiosos y racheados, la humedad lo impregna todo de cierta viscosidad, el cuerpo se siente intranquilo... algo está pasando que "no es natural"... es el huracán. En esto estriba su mayor misterio, en que no parece "natural". Hay algo de "sobrenatural" en sus orígenes y causas, como en sus expresiones. "Se va a acabar el mundo", os dirá el campesino cubano. Todos los antillanos se llenan de pavor. Se encierran en sus casas, atrancan sus puertas y ventanas, clavándolas o amarrándolas por dentro con cabuyas, y el miedo al peligro inminente e irresistible hace poner en práctica todos los medios deprecatorios de las religiones. Es un momento de pavor en que el ser humano se encuentra impotente ante la inmensidad de la naturaleza encolerizada. Heredia lo expresó en un maravilloso verso:

¡El huracán y yo solos estamos!

Hasta los animales están empavorecidos. Según el P. Labat, antes del ciclón, "se ve a los pájaros en una especie de inquietud volando en todos sentidos y aproximándose a las casas y a los farallones como si buscaran dónde guarecerse". Lo mismo observó Heredia:

Los pajarillos tiemblan y se esconden
Al acercarse el huracán bramando,
Y en los lejanos montes retumbando
Se oyen los bosques, y a su voz responden.

El mismo Labat dirá que al arribo del ciclón "las bestias cuadrúpedas se agrupan tal como hacen al sentir la proximidad de un temblor de tierra, patean y mugen como presas del terror". Y también lo notará el mismo poeta:

¿Al toro no miráis? El suelo escarban
De insoportable ardor sus pies heridos;
La frente poderosa levantando,
Y en la hinchada nariz fuego aspirando
Llama la tempestad con sus bramidos.

Si así empavorece el ciclón a sus víctimas cuando éstas se hallan en tierra firme, ¡cuánto más tremebundo no es el huracán para los marinos sorprendidos en el mar! El huracán levanta tremendas olas, las quiebra en volutas, espumas y nieblas, que envuelven al marinero y le impiden ver dónde termina el mar y dónde están la tierra y el cielo. Los veloces buques de ahora a duras penas pueden huir, si reciben por radio los avisos precautorios de los observatorios; pero no pocos vapores trasatlánticos han sido hundidos por los huracanes. Contra éstos no había defensa en los barcos de vela, desde las grandes fragatas y bergantines a las carabelas de los conquistadores, y menos defensa había para las canoas de los indios. En el mar, a veces el agua se eleva a varios metros donde está el vórtice del ciclón. Parece que éste quiere chuparse el océano como la inmensa trompa de un elefante sobrenatural. No había salvación para los indios si caían bajo el tentáculo de una simple tromba marina, en su vertiginoso oleaje; menos aún si se desataba un huracán, cuya tromba ellos no veían pero cuyas terribles ráfagas sentían como los bufidos coléricos del invisible Misterio Supremo y Todopoderoso.

Si el ciclón es invariable en cuanto al sentido de su movimiento rotatorio, en su trayectoria traslaticia parece caprichoso, es errático. No siempre responde a la acongojada expectación que se siente cuando se anticipan las señales de su próximo arribo; a veces las defrauda, como arrepentido. El huracán se acerca, amaga, llega y desencadena sus furores... o se aleja sin descargarlos, llevando a otro paraje su devastación. En cambio, el ciclón en ocasiones excepcionales se ensaña golpeando dos veces consecutivas a los infelices. Recuérdese el ciclón de octubre de 1910

en la Habana y la Florida. ¡Cuán tornadiza esa potencia en sus ferocidades! También es a manera de un "tornado" por que "torna" siempre sobre sí y a veces sobre su propio camino.

Ni siquiera viene el huracán a cada tierra todos los años. Transcurren muchos sin su presencia y en algunos pasa varias veces sin compasión. En el año 1933 se registraron hasta 21 huracanes en la región del Atlántico, Golfo de México y Mar Caribe; pero en los años 1911, 1914, 1917, 1929 y 1930 sólo hubo dos.[20] Parece que en los siglos anteriores no hubo tantos ciclones en dicha región, pues se tiene noticia de muchos menos; pero no cabe presumir que así fuera, pues la diferencia obedece sin duda a que ahora se conocen todos los ciclones en cualquier área en que se manifiesten y antes no. Antaño no se sabía apenas de más ciclones que los ocurridos en la isla o comarca donde estaba el cronista, historiador o viajero que los experimentaban y luego los referían. Esta falta de periodicidad, unida a su "vida irregular", daba al huracán un sentido de aparente y caprichosa voluntariedad, que no tienen los movimientos de los cuerpos astrales, sometidos a normas fijas y no al impulso de circunstancias variadas y cambiadizas.

El ciclón es, pues, un personaje errátil; aparece de improviso, ora sopla con furiosas ráfagas, ora con aliento suave de paz y consuelo, ya marcha aprisa o se remansa perezoso, se va de una vez o retorna inesperadamente con alevosía. Esa dinamia tornadiza y caprichosa le da a cada huracán cierta individualidad. Dentro de leyes naturales, que antaño no se conocían, el huracán en apariencia goza de autodeterminación, imprevisible e inexplicable. El huracán es versátil, tiene "personalidad", parece humano. El viento, en general, ha sido comparado a la mujer, a quien la dicacidad de los hombres le atribuye ser voluble. "Mujer, viento y ventura pronto se muda", reza el viejo proverbio castellano. *La donna é mobile qual piuma al vento*, dice la canción popular del italiano Verdi. El huracán por veleidoso será como mujer, aunque hombruno por su autoritarismo implacable. Sin duda, todo esto facilitó su antropomorfización. El huracán fué, pues, un fenómeno al parecer inteligente y lleno de terrible misterio, profundamente

[20] Tannehill, *ob. cit.*, p. 110.

"sobrenatural" y "sobrehumano", para los cobrizos de América como para los blancos de Europa. Es "del Señor de los Aires el aliento", decía Heredia. Inevitablemente fué un dios, creado por los hombres "a su imagen y semejanza".

Otro curioso episodio sucede en los ciclones, que equivale en cierto modo a una reincidencia. Se da el caso, para ciertos lugares que están situados en el eje de la línea traslaticia del ciclón, que éste los sacude con violencia creciente, de pronto los soplidos cesan como por encanto durante un tiempo breve y hasta brillan los astros y las estrellas, para reanudarse con la misma impetuosidad anterior hasta que van amenguándose y perdiéndose en lontananza. En ese intermedio de quietud, el espectador se halla precisamente en el vórtice del ciclón, en el llamado "ojo del huracán" u "ojo de la tempestad", que tiene un diámetro promedial de unas 14 millas. Ha pasado la mitad del diámetro de su remolino, está en el centro del meteoro, donde hay a manera de un vacío, y luego entra a pasar la segunda mitad del diámetro, hasta que sale de ella y vuelve la normalidad. Tratándose de un meteoro que por su gran magnitud no es en sí visible, como el tornado o la tromba, o como el rayo, el arco iris, la lluvia, etc., para su inexperta víctima, ese inesperado intervalo de paz seguido de la renovada agresión debía de ser una muy misteriosa sorpresa. Como una tornadura del meteoro, o como si éste primero lo azotara con uno de sus brazos y después con el otro. Sin duda, esta circunstancia era de las más impresionantes y malignas; máxime teniendo en cuenta que son relativamente escasos los que llegan a estar en el vórtice del huracán y son, en cambio, los más quienes no pueden darse cuenta de esa suspensión de las furiosas embestidas del gran monstruo aéreo. Si el observador se halla en el mar cuando le alcanza el vórtice, experimentará el peligro de las olas que, pese a la calma de los vientos, por lo general son entonces "piramidales, montañosas y confusas".[21]

No en relación inmediata y directa con los antillanos huracanes sino con los ciclones extratropicales, a los que tendremos que referirnos incidentalmente en el curso de este trabajo, debemos mencionar los *anticiclones*, que se forman en las altas presiones de

[21] Tannehill, *ob. cit.*, p. 18.

otras latitudes y allí acompañan a las tempestades ciclónicas. También en ellos los vientos soplan en líneas divergentes y también en sentido rotatorio, pero al revés de la versión ciclónica, o sea hacia la derecha en el hemisferio boreal y hacia la izquierda en el austral. Las ráfagas de los anticiclones son también fuertes e impresionantes, aunque no tanto, y su concomitancia y vecindad con los ciclones extratropicales hacen que se consideren como formando parte de la gran orquesta meteórica de los cielos.

Ayuda al ciclón en sus furias pavorosas el agua que lo acompaña, cayendo repentinamente del cielo en grandes masas de lluvia que causan incontenibles inundaciones, o agitándose en el mar bajo el azote del vendaval y formando marejadas que arrasan las naves y las poblaciones playeras. Estas son las terribles invasiones de las costas por el mar, motivadas por causas meteorológicas, las *storm-lides*, las *storm-wawes*, las llamadas por los franceses *raz de marée*, que en Cuba decimos "ras de mar", habiendo tenido tristísimas experiencias. No se ha olvidado la desaparición de Santa Cruz del Sur, en 1932, tragada por el mar que impulsara un ciclón. El historiador portorriqueño Iñigo Abad decía que "las aguas de las lluvias y las del mar cruzan y roban la tierra de muchas maneras..." Entre los asaltos del mar, dice Abad, hay uno que se llama *resaca* o *marea muerta*, el cual suele ocurrir desde julio a octubre, causado sin duda por los vientos. "En estas ocasiones la mar aparece tranquila, las olas vienen muy mansas desde lejos hasta la distancia de 20 ó 25 toesas de la costa. Entonces se elevan de repente, como impelidas de una fuerza superior, y chocan contra la tierra con una violencia asombrosa, causando un ruido y efervescencia extraordinaria... Este movimiento de la mar es anuncio seguro de algún huracán." [22]

Ventarrones furiosísimos y grandes lluvias se entrelazan en los huracanes. Los aguaceros torrenciales van con el ciclón y le preceden y le siguen. Heredia pintó esas cataratas de los cielos:

> ¿Qué rumor? ¿Es la lluvia? Desatada
> Cae a torrentes, oscurece el mundo
> Y todo es confusión, horror profundo,

[22] Iñigo Abad, *Historia geográfica, civil y política de la isla de S. Juan Bautista de Puerto Rico*. Madrid, 1788.

Cielo, nubes, colinas, caro bosque,
¿Dó estáis? Os busco en vano;
Desaparecísteis... La tormenta umbría
En los aires revuelve un océano
Que todo lo sepulta...
Al fin, mundo fatal, nos separamos...

Dice Lino Novás Calvo: "Los cavernarios alaridos del viento inducían imágenes de ruedas colosales, aplanadoras gigantescas, que pasaban sobre el mundo, lubricadas por un diluvio de aceite." [23]

Las lluvias que caen se miden entonces en los pluviómetros no por centímetros sino por decímetros. Se cuenta que en ocasión de un huracán en Puerto Rico se registró su lluvia, que alcanzó 20.60 pulgadas. Las más abundantes lluvias o diluvios han ocurrido en ocasión de ciclones. Las aguas, impulsadas por el huracán, penetran hasta las paredes de piedra y ladrillo y los tejados y azoteas más impermeables; y ablandan la tierra, produciendo avalanchas y erosiones irreparables en las laderas y desprendimientos de rocas en los farallones y peñascales de las costas.

Antes y después de los ciclones son también muy sensibles las repentinas turbonadas de agua y viento y los fuertes *brisotes* que señalan la época de los cambios de estación, particularmente las del equinoccio otoñal. El ciclón no está presente, pero las gentes comprenden que el genio de los vientos sigue enfurecido y rondando cerca.

Hasta el fuego puede contribuir a los estragos del huracán. Se ha creído que cuando ocurre el ciclón no hay truenos ni ígneas descargas eléctricas. Ya fueron de esa creencia los pobladores castellanos de la Española. Según Oviedo,[24] el huracán "siempre viene sin truenos, la peor señal es no los aver en tales tempestades". Por esto dice que en aquella isla, donde él escribía, se deseaban los truenos y relámpagos en vez de espantarse de ellos como ocurría en Castilla. Pero lo cierto es que dentro del área de varios ciclones tropicales, como asegura Tannehill, se han observado frecuentes y casi continuos relámpagos. Ya en el siglo XVII escribía el P. Labat: "Se ha opinado que los truenos disipan el viento y hacen cesar el

[23] *No sé quién soy*, p. 33.
[24] Oviedo, *Historia General*, t. IV, p. 581.

huracán; sin embargo este año (1695) se ha experimentado lo contrario... El ciclón del segundo domingo de octubre llegó con fuertes ráfagas y grandísimos truenos... De cuando en cuando la tronada me hacía temblar".[25] Fray Iñigo Abad describe un ciclón presenciado por él y habla de "los torrentes de las aguas que inundan las campiñas, con un diluvio de fuego que se deshace en relámpagos y centellas, que parecen anunciar las últimas convulsiones del universo y agonías de la naturaleza".[26] También Heredia recuerda en sus versos cómo:

En las nubes retumba despeñado
El carro del Señor, y de sus ruedas
Brota el rayo veloz, se precipita,
Hiere y aterra al suelo,
Y su lívida luz inunda el cielo.

El P. Benito Viñas señalaba que cuando durante el ciclón se oía tronar o se percibían relámpagos, se consideraba que pronto cesaría la tempestad. El estallido del trueno y el canto del gallo, decía aquél,[27] son en Cuba el barómetro del campesino que éste tiene por infalible. A lo cual comenta Tannehill que eso puede deberse a que el ruido de los truenos suele ser apagado durante el ciclón por el ruido del viento, de las lluvias, de los oleajes, y del crugir de las cosas sacudidas por aquél; y al hecho de que cuando se oyen mejor los truenos y los cacareos del gallo es cuando el ciclón está ya animando, produciendo la ilusión de que es el trueno quien lo ahuyenta y vence.

No faltan quienes han pensado que los huracanes pueden relacionarse con los terremotos. Así creyeron los colonizadores en los siglos pasados y la teoría ha sido revivida en los últimos años por algunos hombres de ciencia. Parece indudable que igual pensaron los indios de las Antillas, como diremos más adelante.

Para el indio de las Antillas, en el fenómeno del huracán intervenían los cuatro elementos: el aire, el agua, el fuego y la tierra. Sin duda pensaron los indoantillanos que en esos cataclismos intervenía asimismo un "quinto elemento", es decir, el de los cielos,

[25] Labat, *ob. cit.*, pp. 278 *ss.*
[26] *Ob. cit.*, p. 298.
[27] Cita de Tannehill, *ob. cit.*, p. 77.

tal como también lo creían los cristianos conquistadores en el siglo XVI.[28] En el cielo, es decir, por encima de los vientos, los rayos, los truenos, las lluvias, los astros y las estrellas, es donde estaba el ente que los gobernaba a todos y los lanzaba sobre la tierra y sus habitantes.

El huracán era para el indio un fenómeno de sinergia cósmica. Igual concepto expresó Félix Tanco, un poeta colombiano que vivió en Cuba en el primer tercio del siglo XIX, cuando, refiriéndose al "silboso huracán embravecido",[29] dijo:

> en destructora guerra
> parece estar el cielo con la tierra.

En el huracán comprendía el indio no sólo al huracán en sí, en su integridad, al cual no veía, sino a sus numerosas manifestaciones; las cuales advertía claramente y se representaba por sus efectos. Y dada la complejidad fenoménica del huracán y su concurrencia con otros meteoros, tanto que parece un cataclismo al que toda la naturaleza contribuye con la grandiosidad de sus fuerzas, formas y estragos, como si fuera el paroxismo de una deidad suprema, es fácil comprender que los indios relacionaron el *juracán*, que era el más importante y temido meteoro de sus cielos, mares y tierras, con los otros meteoros y demás fenómenos concomitantes. Aun en las condiciones usuales, cuando estos fenómenos no se presentaban conjuntamente, como en la gran sinfonía del ciclón, sino aisladamente o en grupos menos aparatosos y nocivos, como en las tempestades corrientes de los trópicos. Así, con el huracán relacionaron el viento, el oleaje, la marejada, las nubes, el rayo, el relámpago, el trueno, el aguacero, el granizo, el arco iris, y sobre todo el tornado y la tromba marina y la terrestre.[30]

[28] Véase lo que dice el capitán B. de Vargas Machuca en su *Milicia y Descripción de las Indias*. Madrid, 1892, vol. II, p. 202. "La esfera celeste se divide en once cielos, entre sí contiguos, como lo están los cascos de la cebolla; no participan de materia elemental, son la quinta esencia, que es lo mismo que decir quinto elemento, y a cada uno de los cielos lo mueve una inteligencia, que es Angel".

[29] "América", en *Rimas Americanas*. Habana, 1835, p. 133.

[30] Como el huracán es la nube "cabeza de trueno", según descubrió ha poco el piloto Ralph Wensinger, quien adrede se metió en ella con su aeroplano. Era como un "tornado", dijo, una masa de vapor acuoso arremo-

¿Qué cosa son un *tornado* y una *tromba* sino unos ciclones párvulos, unos pequeños huracanes, que giran como éste y también soplan, rugen, descargan en aguaceros, arrancan árboles, destrozan casas, hunden barcos y destruyen vidas? Aun hoy día, es creencia de muchas personas en los países frecuentados por ciclones que éstos no son sino pequeños remolinos de viento y polvo, de los que frecuentemente se observan en la atmósfera, los cuales se desarrollan y crecen hasta adquirir las enormes magnitudes del huracán.[31] Para los marineros e isleños, el ciclón nacía en el mar, como las trombas. La *tromba* era un "huracán chiquito", suficientemente temedero para el indio indefenso; y además era visible, lo cual acrecentaba su pavor. Si los humanos no veían el *huracán*, como no se ve al Gran Dios, sí veían muy bien el *tornado* y la *tromba*, que se les presentaban con frecuencia en el mar y en la tierra, como un huracán pequeño aunque terrible, que girando y rugiendo bajaba del cielo tempestuoso como una sinuosa serpiente negra, tal como también descendían esas otras culebras de fuego que eran los rayos (figs. 18 y 19). ¡Qué reverentes y temerosos debían de sentirse los indios cuando en una de sus canoas, y aun en sus mismas playas y conucos, se les aproximaba una "manga de viento", o un "rabo de nube", como hoy dicen los campesinos cubanos, que para "cortar" la tromba y librarse de sus iras aún practican conjuros mágicos,[32] como hacían sus antecesores precolombinos,

linada por vientos furiosos. Los instrumentos indicaron que había sido elevado por una fuerza ascensional a razón de 1,400 pies por minuto. La nube era una máquina generadora de electricidad, la cual descargaba saltando a un polo negativo, que podía ser otra nube o un punto de la tierra. Los indios no sabían eso; tampoco ahora sabemos el misterio por qué el movimiento giratorio del vapor acuoso en la nube tormentosa genera electricidad y desprende rayos. Ello habría sido un nuevo nexo analógico entre el ciclón y los demás meteoros tempestuosos.

[31] Tannehill, *ob. cit.*, p. 50.

[32] Entre los campesinos cubanos, un procedimiento para combatir los "rabos de nube" es el siguiente. Se pone en el suelo boca abajo una cazuela de barro, que acaso represente la tierra, y encima se le trazan con ceniza dos rayas cruzadas; se reza entonces una oración secreta o conjuro y se le echa agua a la cruz. Al borrarse la cruz cenicienta con el agua, "el rabo de nube" se deshace. Parece un proceso de magia homeopática. Se hace lo que se desea que suceda; desbaratar el meteoro amenazador convirtiéndolo en lluvia...

En la zona de la laguna de Ariguanabo, prov. de la Habana, son fre-

y rezan trisagios al *Santísimo Sacramento*, como acostumbraban sus antepasados los castellanos de la conquista y del poblamiento.

cuentes los "rabos de nube" en la época equinoccial de la primavera y en las turbonadas del verano. Dícese que a causa de la sequía las nubes "bajan a beber agua" en la laguna. Cuando aparecen los "rabos de nube" en el cielo, proyectándose hacia la tierra, los atemorizados campesinos les rezan conjuros y les arrojan en su dirección piedras, cuchillos, machetes, tijeras y otros instrumentos cortantes. Otro curioso proceso de magia operante es el de tomar una tira de trapo o de papel y con unas tijeras hacer en ella a lo largo cortes en zigzag. Es una manera mimética de "cortar la nube".

Parecidos ritos mágicos de igual propósito se ejecutan con hachas y otras armas cortantes y puntiagudas en Alemania, Hungría, Rumania y otras regiones danubianas y en varios otros países de Europa y de América (Geza Roheim, *Animism, Magic and The Divine King*. Londres, 1930, p. 93. J. G. Frazer, *The Magic Art and the Evolution of Kings*. Londres, 1913, vol. I, pp. 329-331). Esta superstición cubana debe provenir de Europa; pero parece favorecida por la costumbre de los negros congos para ahuyentar los malos espíritus, consistentes en poner en sus lechos y bajo la almohada unas tijeras u otros instrumentos punzantes o cortantes preparados con arte mágico. Ante tal amenaza los enemigos se amedrentan y se van; lo mismo que ocurre con los espíritus de las trombas.

También los campesinos cubanos para espantar las "nubes malas" acuden al "guano bendito", en dos maneras. El "guano bendito" es una tira arrancada de la penca de una palma bendita, de las que los católicos usan en las ceremonias del Domingo de Ramos; en evocación, dicen, de aquéllas con que fué recibido Jesucristo en Jerusalén al iniciarse su Semana de Pasión. Los fieles ese día llevan palmas a la iglesia, allí el cura las rocía con hisopazos de agua bendita y, una vez terminada la ceremonia, aquéllos se llevan las palmas a sus casas, donde suelen tenerlas todo el año en los balcones y ventanas, o tras de la puerta, o en la cabecera de la cama o en algún otro sitio de la casa, para que haga huir los malos espíritus.

Esta superstición de los católicos puede provenir también de la virtud mágica que en todos los pueblos se ha atribuído a los nudos. Las palmas del Domingo de Ramos usadas contra las tempestades suelen exponerse con sendos nudos de sus lacinias. Algunas de estas ataduras mágicas son muy elaboradas, con arte folklórico. Uno solo de tales lazos es suficiente como preventivo antitempestuoso, cuando no se puede obtener una palma entera. Un nudo hecho con las lacinias del "guano bendito" produce el efecto de amarrar los vientos y éstos no pueden desatarse.

Otra defensa de la magia contra las tempestades es la del humo del "guano bendito". Al quemar los trozos de tales palmas eclesiásticas su humo sagrado sube al cielo donde están las nubes malignas y arredra a la "cosa mala" que hay en ellas. De España vino a Cuba tal creencia folklórica; pero no sabemos que el uso nubífugo del humo de palma bendita quemada proceda de Europa. Acaso sea rito mágico antillano, reviviendo antiguas

Es fácil recordar ciertos fenómenos extraordinarios que a veces han ocurrido en los ciclones, tornados o trombas, como las lluvias de sangre, de fango, de arena, de peces, de palos, de frutos, etc. Se cuentan casos de turbiones que han lanzado tortugas, ratones, ranas y otros animales. Hoy se sabe que tales meteoros aspiran y llevan a lo alto todas esas cosas y luego las arrojan lejos, sobre las empavorecidas gentes. Un tornado, por ejemplo, puede absorber el agua de un lagunato con todos sus acuáticos habitantes y lanzarlos muy lejos. Los seres animales y humanos son con frecuencia arrastrados a lo alto por los tornados, produciéndoles la muerte o dejándolos intactos en tierra, amortiguada su caída por la fuerza ascendente de una corriente de aire. El tornado ha solido asombrar por la delicadeza de sus actos. Una casa es arrancada, pero el armario de su cocina, con todos sus vasos de vidrio y platos de loza sin rotura alguna, es puesto en el suelo a gran distancia. Espejos han sido transportados por el tornado y dejados en tierra sin daño. Lo mismo aconteció con jarros llenos de flores y estantes con libros. Los tornados a veces usan las cosas como proyectiles. Astillas de madera penetran como flechas en los cuerpos y las tablas. Los granos de arena y de gavilla, llevados por la ráfaga, hieren las carnes como perdigones. Un caballo fué muerto por el golpe en su cabeza de una mazorca de maíz que el tornado le disparó en uno de sus bufidos. En Calcuta una caña de bambú atravesó un terraplén con frente de ladrillos.[33] A veces el tornado va como a zancajos, saltando de lugar en lugar, destruyendo a aquél y respetando a éste.

En ocasiones los tornados se han formado sobre volcanes en actividad o sobre grandes incendios. Así pudo observarse con motivo del terremoto y subsiguiente conflagración de Tokio en 1923 y en otros lugares y ocasiones. Y cabe suponer que el alto penacho de humo que a veces suele alzarse de la cumbre, del cráter mismo, de los volcanes pudiera dar la idea de una gran tromba o tornado

prácticas de los sacerdotes indios con el humo del tabaco y la *cohoba*. Por otra parte, creencia análoga aunque invertida, como suele ocurrir en las operaciones mágicas, es la de los negros yorubas, los cuales no fuman cuando truena y hay tempestad. Unos dicen que por respeto a *Changó*, el dios del trueno, pero otros aseguran que es para que el humo no acreciente las nubes y favorezca la tempestad.

[33] Frank W. *Lane*, *The Elements Rage*. Londres, 1945.

que subía hasta las nubes o bajaba de ellas como una ondulante sierpe hasta penetrar en el antro del fuego. Viene a nuestra memoria esa figura que se nos quedó grabada cuando hace años contemplamos el humo del Vesubio. Para los indios de México la serpiente de los volcanes no debió de ser desconocida. Acaso tampoco lo fué para los indios de la Española, pues, según refiere Fray Bartolomé de las Casas, en la provincia quisqueyana de Iguamuco "sale un volcán de una sierra que echa de sí algunas veces humo".[34] Esto aparte, fué doctrina antigua, muy corriente y sostenida nada menos que por San Isidoro, que el fuego de los volcanes, como el Etna, era debido al azufre que en su seno se encendía por el Austro, o viento sur, que penetraba en las cavernas de la montaña y actuaba en ellas como los fuelles en la fragua.[35] Y los indios americanos bien pudieron pensar como San Isidoro acerca del origen de los volcanes; pues ellos tenían siempre que soplar o hacer viento sobre la llama incipiente que brotaba de la yesca al ser ésta inflamada por la sagrada chispa de las piedras o la rotación litúrgica de los dos palitos de guácima.

El P. Labat refiere otro fenómeno que ocurría después de los ciclones, observando las bandadas de pájaros que desesperadamente volaban de manera inusitada de una isla a la otra. "Después del huracán —dice— las aves huyen en busca de alimentación del país cuyos árboles han sido destrozados y cuyas plantas quedan sin granos ni semillas... Los de una isla osalada volaban a la vecina y viceversa hasta que, cansados de las largas travesías interinsulares, caían al suelo y podían cogerse con la mano." Iñigo Abad observó otro fenómeno no menos sorprendente: "A esta borrasca sucede la serenidad y a la pérdida de los frutos se siguen las cosechas más abundantes, bien sea porque estas violentas agitaciones revuelven los senos de la tierra y preparan su fecundidad, o bien porque el huracán proporciona algunas materias propias a la vegetación de las plantas... Se ha observado que de este desorden resulta una larga serenidad, y que la destrucción de los vegetales sirve para su regeneración."

[34] *Historia Apologética de las Indias*, cap. v.
[35] *Ibidem*.

Todos estos sucesos extraordinarios provocan el "santo temor" entre los indios, que no se explicaban tales misterios, como aun hoy día los campesinos de Europa tiemblan ante una aurora boreal, que ellos no comprenden. No sabemos si los indios cubanos temían al huracán como un fenómeno agoreramente *siniestro*; no sólo siniestro físicamente por sus estragos sino también por su rotación hacia la izquierda, y mitológicamente por el sentido aciago de ese movimiento. Pero es probable que así ocurriera entre ellos como entre los griegos y romanos. Los adivinos de Grecia, al hacer sus sacras invocaciones, miraban hacia el norte y tenían los augurios favorables en Oriente, o sea a su derecha, y los adversos a su izquierda. Los arúspices de la antigua Roma, en sus liturgias, se situaban cara al sur y por eso los buenos presagios, siempre los de Oriente, quedaban a su lado izquierdo. Pero con el tiempo la liturgia griega prevaleció en Roma sobre la etrusca y los agüeros del lado izquierdo (los del ocaso) eran *siniestros*, voz que todavía en los tiempos presentes quiere decir malos o desfavorables. Lo derecho era ir hacia el orto, el nacimiento; lo siniestro, hacia el ocaso, la muerte. Aun hoy día en el folklore occidental la vía circular correcta es la de las manecillas del reloj. Así se dan las cartas de la baraja. Darlas al revés, o sea en dirección contraria, es de mal agüero.

Entre los indios, el *huracán* no era sólo el típico ciclón, sino también la tempestad en general, con todo el séquito de sus estragos. Ciertos indios llaman al *huracán* el "padre de los vientos". Sin duda, para ellos era una deidad todopoderosa, la cual raras veces se manifestaba en su plenitud colérica, sirviéndose generalmente de númenes subalternos, de "mensajeros", que desataban sus iras en las tempestades corrientes, sobre todo en los equinoccios y en la estación de las lluvias.

La complejidad del fenómeno meteórico del huracán se acrecía para el indio por cuanto éste relacionaba el huracán con otros fenómenos celestiales de carácter igualmente rotatorio, aparte de los tornados y trombas, como ciertos movimientos astrales y estelares, muy ostensibles y por ellos bien observados; particularmente con los de la *Osa Mayor* y de la *Osa Menor* alrededor de la *Estrella Polar*. El sol, la luna y las estrellas aparentemente giraban en la

bóveda celeste invariablemente de la derecha hacia la izquierda para el individuo, egipcio, asirio, griego, romano o indoamericano, que en el hemisferio septentrional [36] miraba hacia el norte, hacia la Estrella Polar, por donde estaba el centro del cosmos. Aquéllos parecían movidos por la misma fuerza invisible del viento, cuyo impulso sinistroverso parecía ser la directriz de los movimientos estelares, regidos todos ellos, sin excluir los del mismo sol, por una entidad suprema como así lo entendieron en sus mitologías los antiguos pueblos euroasiáticos.

Todas las luminarias del cielo giraban para ellos en torno a un punto, en torno a un eje; los indios de las Antillas lo sabían bien. Giraban aquéllas imponente y solemnemente allá en lo alto, una vuelta cada año o cada día, sinistroversos, como acá en la tierra giraba vertiginosamente el *Huracán*, cuando bajaba a desahogar su iracundia.

Todos estos impresionantes fenómenos astrales y meteóricos integraron un sistema de mitos cósmicos y complejos, comprendiendo mitos parciales y concordantes para sus diversas manifestaciones.

Acaso no sea inoportuno sugerir que a esa conceptuación mitológica pudieron contribuir también los cometas, que de tiempo en tiempo surgían inesperadamente en los cielos con sus caudas luminosas. Así los cometas caudatos, como los barbatos y corniformes, debieron de producir en los pueblos ignorantes la impresión de un ente celestial con una sola pierna o con un gran rabo de fuego. Lo inusitado del fenómeno astral les infundiría pavor. Entre los indios caribes, *Limacani* era un cometa enviado por *Cualina*, jefe de los *cemís*, cuando estaba irritado y quería castigar.[37] Los indios mexicanos representaban a los cometas con una serpiente de fuego,[38] así como figuraban el viento con una gran serpiente emplumada. Aun hoy día, entre los cristianos, el cometa suele verse

[36] Es decir, el hemisferio de los *Septem Triones* o sea el de la *Osa Mayor* con sus clásicas siete estrellas.

[37] Laborde, p. 532. Cita de Rosny, *Les Antilles*. París, 1886, p. 339. En la voz *limacani* parece hallarse el elemento *can*, de la palabra *huracán*.

[38] Garrick Maliery, "Picture-Writing of the American Indians", *Tenth Am. Rep. of the B. of Ethnology, 1888-89*. Wáshington, 1893, p. 613.

como signo de cólera divina y de terribles presagios. Para los indios, además, el cometa con su larga cauda pudo ser visto como una tromba de fuego, como la figura de un huracán encendido que podía bajar a destruirlos en ceniza, como se contaba que acabó uno de los cuatro mundos de la mitología azteca. Retenga el lector estas sugestiones hipotéticas porque las hemos de ir hilvanando en nuestra investigación.